

Las pisadas interiores

Robert E. Howard

Solomon Kane contempló sombrío a la nativa que yacía muerta a sus pies. Era poco más que una niña, pero sus deteriorados miembros y desorbitados ojos indicaban que había sufrido mucho antes de que la muerte le diera un misericordioso descanso. Kane se fijó en las heridas que las cadenas habían abierto en sus miembros, en las profundas quemaduras entrecruzadas de su espalda, en la marca del yugo sobre su cuello. Sus fríos ojos mostraron una extraña intensidad, delatando helados destellos y luces como nubes que pasaran cruzando abismos de hielo.

-Hasta por estas tierras se extienden -murmuró-. No había pensado...

Alzó la cabeza y miró hacia el este. Unas manchas negras giraban trazando círculos sobre el cielo azul.

-Los milanos señalan su pista -murmuró el alto inglés-. La destrucción les precede y la muerte sigue sus huellas. Avergonzaos, hijos de la iniquidad, pues la ira de Dios caerá sobre vosotros. Los férreos cuellos de los sabuesos del odio están libres de sus ataduras y se ha tensado el arco de la venganza. Sois fuertes y orgullosos, y la gente se lamenta bajo vuestros pies, pero la oscuridad de la medianoche y el fulgor del amanecer traen un merecido castigo.

El hombre se movió el cinturón del que colgaban los pistolones y el afilado puñal, tocó instintivamente el largo estoque que llevaba colgado a la cadera y se encaminó, cautelosa pero velozmente hacia el este. En sus profundos ojos, ardía una cruel ira, como azules fuegos volcánicos ardiendo bajo leguas de hielo, y la mano que empuñaba su largo bastón con cabeza de gato se endureció ferreamente.

Tras horas de firme caminar, llegó al alcance del oído de la cadena de esclavos, que se abría un laborioso y tortuoso camino por la jungla. Los lastimeros quejidos de los esclavos, los gritos y las maldiciones de los conductores, y el restallar de los látigos, llegaban hasta sus oídos con toda claridad. El transcurso de otra hora le llevó a darlos alcance y, deslizándose a través de la jungla en línea paralela al camino tomado por los esclavos, pudo observarlos sin peligro. Kane había peleado contra los indios en Darien y había aprendido mucho sobre bosques.

Más de un centenar de nativos, hombres y mujeres jóvenes, avanzaban tambaleándose por el camino, completamente desnudos y uncidos los unos a los otros por una especie de crueles yugos de madera. Estos yugos, ásperos y pesados, se ajustaban sobre sus cuellos y los unían de dos en dos. Los yugos estaban a su vez trabados para formar una larga cadena. De los conductores, quince eran árabes y unos setenta guerreros negros, cuyas armas y fantásticos ropajes mostraban su pertenencia a alguna tribu oriental... una de esas tribus subyugadas, islamizadas y hechas aliadas por los conquistadores árabes.

Cinco árabes caminaban a la cabeza de la cadena con unos treinta de sus guerreros y otros cinco cubrían la retaguardia con el resto de los guerreros negros. Los demás marchaban junto a los tambaleantes esclavos, impulsándolos hacia delante con gritos y maldiciones, y crueles y largos látigos que, casi con cada golpe, hacían brotar chorros de sangre. Aparte de criminales, aquellos traficantes de esclavos eran tontos, reflexionó Kane... pues no más de la mitad sobrevivirían a las dificultades del viaje hacia la costa.

Se asombró de la presencia allí de aquellos saqueadores, porque aquel país quedaba muy al sur de las regiones normalmente frecuentadas por ellos. Pero, como sabía el inglés, la avaricia podía llevar lejos a los hombres. Llevaba

mucho tiempo tratando con aquella gente. Mientras observaba, le escocieron las viejas cicatrices de su espalda... cicatrices producidas por látigos musulmanes en una galera turca. Y el implacable odio de Kane ardió aún más profundamente.

El puritano continuó, siguiendo la pista de sus enemigos como lo haría un fantasma, y, mientras se deslizaba por la jungla, se devanó los sesos en busca de un plan. ¿Cómo vencer a aquella horda? Todos los árabes y muchos de sus aliados llevaban armas de fuego... largos y pesados trabucos de mecha, cierto, pero armas de fuego al fin y al cabo, suficientes para imponer respeto a cualquier tribu nativa que pudiera oponerseles. Algunos llevaban, en sus anchas fajas, largas pistolas engastadas en plata de diseño más efectivo... armas de pedernal de factura turca y musulmana.

Kane siguió como un melancólico fantasma mientras la rabia y el odio devoraban su alma como una gangrena. Cada restallido de los látigos era como un golpe en sus propios hombros. El calor y la crueldad de los trópicos gastan bromas extrañas. Las pasiones ordinarias se transforman en algo monstruoso; la irritación crece hasta convertirse en una cólera demencial; la ira se inflama hasta volverse locura de inesperadas proporciones, y los hombres matan envueltos en una sanguinaria niebla de pasión, sintiéndose después asombrados y horrorizados.

La furia que sentía Solomon Kane habría bastado, en cualquier lugar y ocasión, para estremecer a un hombre hasta los huesos. Ahora, ésta cobró unas proporciones monstruosas, tan grandes que Kane tiritaba como aquejado por un constante escalofrío; unas garras de hierro arañaban su cerebro y veía a esclavos y esclavistas a través de una neblina roja. Aún así, de no ser por un contratiempo, no habría permitido que su locura, hija del odio, se convirtiera en acción.

Una de las esclavas, una chica joven y esbelta, vaciló de repente y cayó a tierra, arrastrando con ella a su compañero de cautiverio. Un árabe alto con nariz de halcón aulló salvajemente y la azotó con furia. Tambaleándose, su compañero consiguió levantarse en parte, pero la joven continuó echada boca abajo, retorciéndose débilmente bajo el látigo, pero evidentemente incapaz de levantarse. Sollozaba lastimeramente por entre sus reseco labios y otros esclavistas se acercaron a ella, con los látigos bajando sobre su carne temblorosa en cortes de sangrienta agonía.

Media hora de descanso y un poco de agua la hubieran revitalizado, pero los árabes no tenían tiempo que perder. Mordiéndose el brazo en busca de control hasta penetrar con los dientes, Solomon le dio gracias a Dios de que hubieran cesado los azotes y se endureció para soportar el rápido destello de la daga que sacaría a la niña del alcance de aquel tormento. Pero los árabes tenían ganas de divertirse. Ya que la niña no les supondría ningún beneficio en el mercado, la utilizarían para su propio placer... y su sentido del humor era de una clase capaz de transformar la sangre de un hombre en agua helada.

A un grito del primer torturador, acudieron los demás, apolotonándose alrededor; sus barbados rostros se hendieron en sonrisas de anticipado deleite, mientras sus salvajes aliados se agolpaban en una línea más cercana con los ojos centelleando. Los maltrechos esclavos se apercebieron de las intenciones de sus amos y de ellos se alzó un coro de lastimeros gritos.

Enfermo de horror, Kane también se dio cuenta de que la muerte de la niña no iba a ser fácil. Sabía lo que se proponía el alto musulmán cuando éste se

inclinó sobre ella con una afilada daga, como la utilizada por los árabes para desollar la caza. La locura superó al inglés. Valoraba en poco su propia vida; la había arriesgado sin pensárselo, por un niño pagano o un animalillo. Aun así, no habría desperdiciado premeditadamente su única oportunidad de socorrer a los desgraciados de aquella cadena de esclavos. Pero su actuación fue inconsciente. En su mano humeó una pistola y el alto carnicero se encontró tirado sobre el polvo del camino con los sesos desparramados, antes de que Kane se diera cuenta de lo que había hecho.

Estaba casi tan asombrado como los árabes, que se quedaron congelados un momento, para luego estallar en una confusión de gritos. Algunos de ellos alzaron sus rudimentarios trabucos de mecha, disparando pesadas bolas que fueron a estrellarse entre los árboles y, el resto, creyéndose sin duda emboscados, llevaron a cabo un resuelto e impetuoso internamiento en la jungla. El carácter audaz e imprevisto de aquella maniobra supuso la pérdida de Kane. Si hubieran vacilado un momento más, podría haberse escabullido sin que lo advirtieran, pero tal como estaban las cosas, no veía otra opción que salir abiertamente a su encuentro y vender su vida tan cara como fuera posible.

Y, efectivamente, no sin cierta feroz fascinación, se enfrentó con sus vociferantes atacantes. Estos se detuvieron, repentinamente asombrados, cuando el alto y amenazador inglés salió de detrás del árbol y, en ese instante, uno murió, con una bala de la pistola que le quedaba a Kane, en el corazón. Entonces, con aullidos de rabia salvaje, se abalanzaron sobre su solitario retador.

Solomon Kane apoyó la espalda contra un enorme árbol y su largo estoque dibujó sobre él una relampagueante rueda. Un árabe y tres de sus igualmente fieros aliados intentaban ensartarle con sus pesadas hojas curvas, mientras el resto de ellos se arremolinaba a su alrededor, gruñendo como lobos, buscando acertar con la hoja o la bala sin mutilar a uno de los suyos.

El centelleante estoque desviaba las silbantes cimitarras y un árabe murió ensartado por la punta, que pareció vacilar en su ánimo solo un instante, antes de perforar el cerebro de un guerrero que blandía un hacha. Otro atacante dejó caer su espada y se lanzó a la lucha cuerpo a cuerpo, resultando destripado por el puñal que blandía Kane en su mano izquierda, y los demás retrocedieron repentinamente asustados. Una pesada bala se aplastó contra el árbol, muy cerca de la cabeza de Kane, y éste se tensó para saltar y morir en lo más recio de la batalla. Entonces, su jeque comenzó a azotarles con su largo látigo y Kane le oyó gritar fieramente, ordenando a sus seguidores que cogieran vivo al infiel. Kane respondió al mandato con un repentino lanzamiento de puñal, que silbó tan cerca de la cabeza del jeque que arrastró su turbante y se hundió profundamente en el hombro de alguien situado tras él.

El jeque sacó sus pistolas, amenazando de muerte a sus propios hombres si no cogían vivo a aquel fiero oponente, y estos volvieron desesperadamente a la carga sobre él. Uno de los guerreros se fue de lleno sobre la espada de Kane y un árabe, situado tras él, empujó de repente al vociferante desgraciado con despiadada habilidad, ensartando su retorcido cuerpo en el arma hasta la empuñadura y obstruyendo la hoja. Antes de que Kane pudiese liberar el arma, la jauría se abalanzó sobre él con un alarido de triunfo, abatiéndole por pura superioridad numérica. Al sentirse agarrado por todos los sitios, el puritano deseó en vano empuñar aún el puñal del que se había deshecho. Pero aún así, dominarle no fue tarea fácil en modo alguno.

La sangre salpicaba y los rostros se hundían bajo sus puños de hierro que astillaban dientes y huesos. Un guerrero salió despedido, dando vueltas, imposibilitado por un atroz rodillazo en la ingle. Incluso cuando le tuvieron completamente tendido e inmovilizado por el peso de muchos hombres, sin poder golpear con manos ni pies, sus largos y delgados dedos se hundieron con fiereza por entre una enmarañada barba para cerrarse alrededor de una nudosa garganta, en una presa cuya anulación requirió el poder de tres hombres fuertes, dejando a la víctima crispada y con el rostro verdoso.

Al fin, jadeando por el terrorífico esfuerzo, consiguieron atarle de pies y manos, y el jeque, volviendo a poner las pistolas en su faja de seda, se acercó a grandes zancadas y se quedó mirando al cautivo. Kane alzó una airada mirada hacia aquella figura alta y delgada, de rostro de halcón, barba rizada y arrogantes ojos castaños.

-Soy el jeque Hassim ben Said -dijo el árabe-. ¿Quién eres tú?

-Me llamo Solomon Kane -gruñó el puritano en el mismo idioma que el jeque-. Soy inglés, gran chacal pagano.

Los oscuros ojos del árabe brillaron con interés.

-Suleiman Kahani -dijo, dando el equivalente árabe del nombre inglés-. He oído hablar de ti... has combatido ferozmente a los turcos y los corsarios berberiscos se han lamido las heridas por causa tuya.

Kane no se dignó responder y Hassim se encogió de hombros.

-Cobraré un gran suma por ti -dijo-. Quizás te lleve a Estambul, donde hay shas que desearían contar con un hombre como tu entre sus esclavos. Y ahora recuerdo a un tal Kemal Bey, con el rostro cruzado por una profunda cicatriz de tu cosecha y que maldice el gentilicio 'inglés'. Me pagará un alto precio por ti. Y date cuenta, oh franco, te concedo el honor de designarte una guardia aparte. No caminarás encadenado al yugo, sino libre salvo por tus manos.

Kane no respondió y, a una señal del jeque, fue puesto en pie de un tirón y liberado de todas las ataduras, menos las de las manos, que fueron atadas con fuerza a la espalda. Le ataron al cuello un resistente lazo cuyo extremo contrario fue puesto en manos de un enorme guerrero que, con su mano libre, asía una gran cimitarra curva.

-¿Y ahora qué opinas de consideración para contigo, franco? -inquirió el jeque-.

-Creo -respondió Kane lentamente, con un tono profundo y preñado de amenaza- que cambiaría la salvación de mi alma por la oportunidad de enfrentarme a ti y a tu espada, solo y desarmado, y arrancarte el corazón del pecho con las manos desnudas.

Tan concentrado estaba el odio en su profunda y resonante voz, tan primitiva e indomable era la furia que resplandecía en sus terribles ojos, que el endurecido y valiente caudillo palideció, retrocediendo involuntariamente como ante una bestia enloquecida.

Luego, Hassim recuperó su compostura y, con una breve palabra dirigida a sus seguidores, se encaminó a grandes zancadas a la cabeza de la comitiva. Kane se percató agradecido de que la tregua ocasionada por su captura había dado a la joven caída la oportunidad de descansar y restablecerse. El cuchillo de desollar no había tenido tiempo más que de tocarla y, aunque tambaleándose, podía continuar. La noche no estaba lejos. Los esclavistas pronto se verían forzados a detenerse para acampar.

El inglés se vio obligado a caminar con el grupo, con su guardián a unos pasos detrás de él, con un enorme acero siempre preparado. Con un toque de feroz vanidad, Kane notó también que, pegados a ellos, marchaban tres guerreros más, con los mosquetes preparados y las mechas encendidas. Habían probado su valor y no iban a correr riesgos. Sus armas habían sido recuperadas y Hassim se había apropiado enseguida de todas ellas, excepto el báculo mágico con cabeza de gato. Este había sido arrojado a un lado y recogido por uno de los salvajes guerreros.

El inglés pronto tomó conciencia de que un árabe delgado y de barba gris caminaba a su lado. Este árabe parecía arder en deseos de conversar, pero se mostraba extrañamente tímido y la fuente de su timidez parecía ser, de manera bastante curiosa, el báculo mágico, que había tomado del hombre que lo había recogido del suelo y que ahora daba vueltas en sus manos con gesto inseguro.

-Soy Yussef el Hadji -dijo de repente el árabe-. No tengo nada contra ti. No participé en el ataque contra ti y me gustaría ser tu amigo, si me dejas. Dime, franco, ¿cuál es la procedencia de este báculo y de qué manera llegó a tu poder?

La primera intención de Kane fue la de mandar a su interrogador al infierno, pero cierta sinceridad en la actitud del anciano le hizo cambiar de parecer y respondió.

-Me lo dio mi hermano de sangre, un mago de la Costa de los Esclavos llamado N'Longa.

El viejo árabe asintió y murmuró algo para sí; pronto mandó a un guerrero que se adelantara corriendo para pedirle a Hassim que volviese. El alto jeque no tardó en volver dando largas zancadas, retrocediendo por la lenta columna, con un ruidoso tintineo de dagas y sables, y el puñal y las pistolas de Kane metidos en su amplia faja.

-Mira Hassim -dijo el viejo árabe, adelantando el báculo-. ¡Lo tiraste sin saber qué hacías!

-¿Y qué? -gruñó el jeque-. No veo más que un bastón... de afilada punta y con la cabeza de un gato en el otro extremo... un báculo con extrañas tallas paganas labradas.

El más viejo lo agitó excitado en dirección al otro.

-¡Este báculo es más viejo que el mundo! ¡Tiene una magia poderosa! ¡He leído sobre él en los viejos libros encuadernados en hierro y el mismo Mohammed -a costa de su propia paz- se había servido de la alegoría y la parábola para hablar de él! ¿Ves la cabeza de gato que tiene en la parte superior? ¡Es la de una diosa del viejo Egipto! ¡Hace eones, antes de las enseñanzas de Mohammed, antes de la existencia de Jerusalén, los sacerdotes de Bast sostuvieron este bastón ante los inclinados adoradores salmondiantes! ¡Con él, Musa hizo maravillas ante el faraón y, cuando los judíos huyeron de Egipto, lo llevaron consigo. Y fue, durante siglos, el cetro de Israel y Judá, y, con él, Sulieman ben Daoud expulsó a los prestidigitadores y los magos, y encarceló a los afrits y los genios malignos! ¡Otra vez volvemos a encontrar el antiguo báculo en manos de un Suleiman!

El viejo Yussef se había introducido en un discurso de casi fanático fervor, pero Hassim se limitó a encogerse de hombros.

-No salvó a los judíos de la esclavitud ni a este Suleiman de nuestro cautiverio -dijo-. No le doy tanto valor como a la larga y fina hoja con la que liberó las almas de tres de mis mejores espadachines.

Yussef negó con la cabeza.

-Tus mofas no te llevarán a ningún buen fin, Hassim. Algún día te encontrarás ante un poder que no se dividirá ante tu espada ni caerá ante tus balas. Me quedaré con el báculo y permíteme prevenirte... no abuses del franco, ha llevado el báculo santo y terrible de Sulieman, Musa y los faraones. ¿Y quién puede decir qué magia habrá extraído de él? Porque es más anciano que el mundo y ha conocido las manos terribles de extraños sacerdotes preadamitas en las silenciosas ciudades bajo los mares, extrayendo de un mundo ancestral un misterio y una magia no imaginados por la raza humana. Cuando los amaneceres eran jóvenes, había extraños reyes y sacerdotes más extraños aún, y la maldad existía incluso en su tiempo. Y, con este báculo, combatieron la maldad que era vieja cuando su extraño mundo era joven, hace tantos millones de años que un hombre se estremecería al contarlos.

Hassim respondió molesto y se alejó con el viejo Yussef siguiéndole persistentemente, parlotando en tono quejumbroso. Kane encogió sus poderosos hombros. Lo que sabía de los extraños poderes de aquel báculo, no era suficiente para cuestionar las aseveraciones, del anciano, por muy fantásticas que pareciesen.

Lo que sí sabía era que estaba hecho de una madera que ya no existía en ningún lugar de la tierra. No necesitaba más prueba que la proporcionada por la vista y el tacto para percatarse de que aquel material había crecido en otro mundo. La exquisita artesanía de la cabeza, procedente de una era anterior a las pirámides, y los jeroglíficos, símbolos de un idioma olvidado cuando Roma era joven, eran -intuía Kane-, añadidos tan modernos en relación con la antigüedad del mismo báculo como lo serian palabras inglesas labradas sobre los pétreos monolitos de Stonehenge.

En cuanto a la cabeza de gato... al mirarla, Kane tenía algunas veces una peculiar sensación de desasosiego; una vaga impresión de que el pomo estuvo una vez tallado con un diseño diferente. El arcano egipcio que tallara la cabeza de Bast, se había limitado a alterar la figura original. En cuanto a qué figura habría sido esa, Kane nunca había intentado averiguarlo. Un detallado escrutinio del objeto siempre despertaba en él una intranquilizadora y casi vertiginosa sugestión de abismo de eones, disuasoria de toda posterior especulación.

El día transcurría lentamente. El sol caía a plomo de manera inmisericorde; luego, al inclinarse hacia el horizonte, quedó velado por la pantalla de grandes árboles. Los esclavos sufrían intensamente por la falta de agua y un constante lloriqueo se alzaba de sus filas mientras avanzaban ciegamente. Algunos caían y continuaban medio a gatas, siendo en parte arrastrados por sus tambaleantes compañeros de cautiverio. Cuando todos estuvieron doblados por el cansancio, el sol se puso, la noche cayó precipitadamente y se ordenó el alto. Se levantó el campamento, destacando puestos de guardia. Los esclavos fueron pobremente alimentados y se les dio agua suficiente para mantenerles con vida -pero sólo eso-. No se les quitaron los grilletes, pero se les permitió tumbarse como podían. Con su sed y hambre terribles algo aplacados, sobrellevaron las incomodidades producidas por los grilletes con su estoicismo característico.

A Kane se le alimentó sin desatarle las manos y se le dio todo el agua que quiso. Los pacientes ojos de los esclavos le miraban beber silenciosamente, y él se sintió profundamente avergonzado de engullir aquello por lo que otros sufrían; dejó de hacerlo antes de que su sed estuviese completamente

apagada. El claro que habían elegido era amplio y, a cada uno de sus lados, se alzaban árboles gigantescos. Después de que los árabes hubieran comido y bebido, y mientras los musulmanes negros estaban todavía cocinando su comida, el viejo Yussef se llegó hasta Kane y comenzó a hablar otra vez del báculo. Kane respondió a sus preguntas con admirable paciencia, considerando el odio que albergaba por toda la raza a la que pertenecía el Hadji, y, durante la conversación, se acercó Hassim con sus largas zancadas y se quedó mirándoles despectivamente. Hassim, meditó Kane, era el símbolo mismo del islamismo militante... audaz, temerario, materialista, egoísta y sin temor a nada, tan seguro de su propio destino y tan despectivo con los derechos de los demás como el más poderoso rey de Occidente.

-¿De nuevo divagando sobre ese palo? -se mofó-. Hadji, te vuelves pueril en la vejez.

La barba de Yussef tembló de rabia y agitó el báculo hacia su jefe, como una maligna amenaza.

-Tu sarcasmo no responde a tu rango, Hassim -reprendió-. Estamos en el corazón de una oscura tierra frecuentada por demonios, a donde, hace mucho tiempo, fueron desterrados los demonios de Arabia. Si este báculo que cualquiera, excepto un tonto, puede reconocer como un cetro ajeno a cualquier mundo conocido, ha existido hasta nuestros días, ¿quién sabe qué otras cosas, tangibles o intangibles, pueden haber sobrevivido al paso de las edades? Este mismo camino que seguimos... ¿Sabes la edad que tiene? Los hombres ya lo seguían antes de que los Seljuk vinieran del este o los romanos surgieran en el Oeste. Las leyendas cuentan que fue por este mismo camino por donde vino el gran Sulieman cuando expulsó a los demonios de Asia hacia el Oeste y los aprisionó en extrañas cárceles. Y dirás....

Un salvaje alarido le interrumpió. Surgiendo de las sombras de la jungla, llegó volando un guerrero, como si le persiguieran los sabuesos de la Condenación. Agitando salvajemente los brazos, girando los ojos hasta ponerlos en blanco, y la boca muy abierta hasta descubrir toda su brillante dentadura, representaba una imagen de terror que no era fácil de olvidar. La horda musulmana se puso en pie de un salto, agarrando sus armas, y Hassim juró.

-Es Alí, al que envié en busca de carne... quizás un león...

Pero ningún león seguía al hombre que cayó a los pies de Hassim, mascullando cosas incomprensibles y señalando obsesivamente hacia la negra jungla desde la que los crispados espectadores esperaban que surgiese algún horror demencial.

-Así que encontró un extraño mausoleo en la jungla -dijo Hassim con un fruncimiento de ceño-, pero no puede decir qué le asustó. Sólo sabe que un gran horror le inundó, haciéndole huir. Ah, eres un idiota y un granuja.

Dio una terrible patada al rastrero salvaje, pero los otros árabes le rodearon con incertidumbre. El pánico se estaba extendiendo entre los guerreros nativos.

-Huirán a pesar de nuestra presencia -murmuró un barbado árabe mientras miraba incómodo a los aliados nativos, que se arremolinaban, farfullaban incoherencias y lanzaban miradas temerosas por encima del hombro-. Hassim, haríamos mejor avanzando unas cuantas millas más. Después de todo, éste es un lugar maligno y, aunque lo más probable es que el tonto de Alí se haya asustado de su propia sombra,... aun así...

-Aún así se mofó el jeque-, todos os sentiréis mejor cuando lo hayamos dejado atrás. Muy bien, mandaré levantar el campo para mitigar vuestros miedos... pero primero tendré que echarle un vistazo a eso. Que se levanten los esclavos; vamos a internarnos en la jungla y pasaremos por ese mausoleo; quizás haya un gran rey enterrado en él. Nadie tendrá miedo si vamos todos armados y en tropel.

Así, los agotados esclavos fueron despertados a latigazos y volvieron a avanzar tambaleándose bajo los azotes. Los aliados nativos obedecían silenciosos, nerviosos y reluctantes a la implacable voluntad de Hassim, pero apiñados cerca de los árabes. La luna, roja y hosca, estaba alta y la jungla aparecía bañada con un siniestro resplandor escarlata que bordeaba de negras sombras los taciturnos árboles. El tembloroso Alí señaló el camino, algo tranquilizado por la presencia de su salvaje amo.

Y así atravesaron la jungla hasta llegar a un extraño claro entre los gigantescos árboles... extraño porque nada crecía en él. Los árboles lo rodeaban de una forma desazonadoramente simétrica y, sobre la tierra, que parecía haber sido marchitada y arruinada de una manera inusual, no crecían ni el musgo ni el líquen. Y, en mitad de ese claro, se alzaba el mausoleo.

Se trataba de una masa de piedra grande y melancólica, preñada de antigua malignidad. Parecía muerta por la muerte de cien siglos y aún así Kane fue consciente de que el aire latía a su alrededor, como la lenta e inhumana respiración de algún gigantesco monstruo invisible.

Los aliados nativos de los árabes retrocedieron murmurando, atacados por la maligna atmósfera del lugar. Los esclavos aguardaban pacientes, un grupo silencioso bajo los árboles. Los árabes se adelantaron hacia la hosca masa negra y Yussef, cogiendo la soga de Kane a su guardián, se llevó consigo al inglés como a un arisco mastín, como si se tratase de una protección contra lo desconocido.

-Sin duda, hay aquí enterrado algún poderoso sultán -dijo Hassim golpeando la piedra con su vaina.

-¿De dónde proceden estas piedras? -murmuró incómodo Yussef-. Su aspecto es oscuro e imponente. ¿Por qué razón se enterraría un sultán, con el correspondiente lujo, tan lejos de cualquier lugar habitado por seres humanos? Si hubiera ruinas de una vieja ciudad por los alrededores sería diferente...

Se inclinó para examinar la pesada puerta de metal con su enorme cerrojo, curiosamente sellado y fundido. Agitó la cabeza, presagiando algo malo al distinguir los arcaicos caracteres hebraicos tallados en la puerta.

-No puedo leerlos -dijo con voz trémula- y probablemente sea mejor así. Sean quienes fueren los ancianos reyes encerrados aquí, no es bueno que los hombres les molesten. Hassim, vámonos, este lugar está preñado de maldad para los hijos de los hombres.

Pero Hassim no le prestó atención.

-Quien quiera que yazga en el interior, no es hijo del Islam -dijo-. ¿Y por qué no habríamos de despojarle de la gemas y las riquezas que, sin duda, descansan junto a él? Rompamos la puerta.

Algunos árabes movieron la cabeza con incertidumbre, pero la palabra de Hassim era ley. Llamando a su lado a un enorme guerrero que empuñaba un pesado mazo, le ordenó que rompiera la puerta.

Cuando el hombre levantó su almádena, Kane soltó una áspera exclamación; ¿estaba loco? La evidente antigüedad de aquella melancólica

masa de piedra probaba que había permanecido sin ser perturbada durante miles de años. Aún así, ¡hubiera jurado que oía el sonido de unas pisadas en el interior!

Sonaban quedamente, yendo de acá para allá, como si algo midiera con sus pasos los estrechos confines de aquella horrible prisión, en una interminable monotonía de movimiento.

Una fría mano tocó la columna vertebral de Solomon Kane. No podía decir si los sonidos eran registrados por su oído consciente o por algún enfermizo abismo de su alma, pero sabía que en alguna parte, en el interior de su conciencia, resonaban los pasos de unos pies monstruosos, desde las entrañas de aquel espantoso mausoleo.

-¡Deteneos! -exclamó-, Hassim, quizás esté loco, pero oigo los pasos de algún demonio dentro de ese montón de piedra.

Hassim alzó su mano y detuvo el descendente martillo. Escuchó atentamente y los otros aguzaron su oído, en un silencio que, de repente, se había intensificado.

-No escucho nada -gruñó un barbudo gigante-.

-Ni yo -respondió rápidamente otro-. ¡El franco está loco!

-¿Oyes tu algo, Yussef? -preguntó sardónicamente Hassim.

El viejo Hadji se removió nervioso. Su rostro estaba intranquilo.

-No, Hassim, todavía no...

Kane decidió que debía estar loco. Aún así, en el fondo, sabía que nunca había estado más cuerdo, y de algún modo supo que la agudización de sus sentidos más profundos, que le situaban en un lugar aparte de los árabes, procedía de la larga asociación con el báculo mágico que el viejo Yussef sostenía ahora en sus temblorosas manos.

Hassim se rió ásperamente e hizo un gesto al guerrero. El martillo cayó con un estruendo que resonó ensordecidamente, con vibraciones que cruzaron la negra jungla, extrañamente transformadas en una carcajada. Una... y otra... y otra vez descendió el martillo, impulsado por todo el poder de unos enérgicos músculos y un cuerpo poderoso. Y, entre golpe y golpe, Kane todavía escuchaba aquel pesado caminar y él, que jamás había conocido el miedo como cualquier otro hombre, sintió la fría mano del terror abalanzándose sobre su corazón.

Este miedo se hallaba tan alejado del temor mortal o terrenal como el sonido de las pisadas de los pasos de un ser natural. El horror de Kane era como un frío viento que soprase sobre él desde ulteriores reinos de inimaginable oscuridad, llevándole la malignidad y la ruina de una época desaparecida y de un periodo indeciblemente ancestral. Kane no estaba muy seguro de si oía esos pasos o si los sentía por medio de algún oscuro instinto. Pero sí estaba seguro de su existencia. No eran los pasos de un hombre ni los de una bestia; pero, dentro de aquel negro y espantosamente antiguo mausoleo, algún ser indescriptible se movía con pasos pesados y estremecedores.

El poderoso guerrero sudaba y jadeaba por la dificultad de su tarea. Pero, al fin, el antiguo cerrojo se rompió bajo los fuertes golpes; los goznes se partieron y la puerta se abrió bruscamente hacia dentro. Y Yussef gritó.

Ninguna bestia con fauces de tigre, ni ningún demonio de carne y sangre saltó al exterior desde la negra abertura de la entrada. Pero un pavoroso hedor surgió fluyendo en olas ondulantes y casi tangibles, y, en un único y enloquecedor movimiento, desde el lugar por donde la abertura parecía

chorrear sangre, el Horror se abalanzó sobre ellos. Envolvió a Hassim y el temerario caudillo, lanzando inútiles tajos a aquel terror casi intangible, gritó con repentino y desacostumbrado pánico, cuando su hendiente cimitarra silbó por entre una materia tan vacía e indahable como el aire, y él mismo se sintió envuelto en anillos de muerte y destrucción.

Yussef chilló como un alma perdida, arrojó al suelo el bastón mágico y se unió a sus compañeros que corrían a intemarse en la jungla en enloquecida desbandada, precedidos por sus aullantes aliados. Sólo los esclavos no huyeron, sino que permanecieron amarrados a su destino, gimiendo de terror. Como en una delirante pesadilla, Kane vio a Hassim movido por el viento como el junco, envuelto por un Ser latente y gigantesco que carecía de forma y de sustancia terrenal. Entonces, al llegarle el crujido de huesos machacados y doblarse el cuerpo del jeque como una paja bajo una pezuña trituradora, el inglés rompió sus ligaduras con un volcánico esfuerzo y cogió el bastón mágico.

Hassim estaba tendido, aplastado y muerto, desparramado como un juguete roto, con los destrozados miembros retorcidos; y el vibrante ser carmesí se dirigió hacia Kane dando bandazos como una roja nube de sangre en el aire que cambiase constantemente de forma y contorno ¡Y aún así pudiese caminar pesadamente, como si se hallase dotado de unas monstruosas piernas!

Kane sintió los fríos dedos del miedo clavarse en su cerebro, pero se impuso su voluntad y, alzando el antiguo báculo, golpeó con todas sus fuerzas en el centro de aquel Horror. Y experimentó el encontronazo con una indescriptible sustancia inmaterial que cedió ante el descendente báculo. Entonces se sintió casi estrangulado por una nauseabunda explosión de infame pestilencia que inundo el aire y, en alguna parte, en lo más profundo de los oscuros horizontes de su alma consciente, resonaba intolerablemente un espantoso cataclismo informe que reconoció como el grito de muerte del monstruo. Porque estaba tendido y agonizante a sus pies, con su escarlata palideciendo en lentas ondas, como remedando el subir y bajar de las rojas olas en alguna horrible costa. Y, al palidecer, el silencioso grito menguó, perdiéndose en las distancias cósmicas, como si se desvaneciese en el interior de alguna esfera apartada y lejana, allende el conocimiento humano.

Mareado e incrédulo, Kane posó su mirada sobre una informe e incolora masa medio invisible tendida a sus pies que, sabía, era el cadáver del Horror, arrojado de vuelta a los oscuros reinos, de donde había salido, por un sólo golpe del báculo de Salomón. Sí, el mismo báculo, sabía Kane, que en manos de un poderoso rey y mago encerrase, edades atrás, al monstruo en aquella extraña prisión, para morar en ella hasta que manos ignorantes lo soltasen otra vez sobre el mundo.

Entonces, los viejos relatos eran ciertos, y era verdad que el rey Salomón habla arrojado a los demonios hacia el Oeste, aprisionándolos en extraños lugares. ¿Por qué le había permitido vivir? ¿Sería la magia humana demasiado débil en aquellos oscuros días para hacer algo más que sojuzgar a los diablos? Kane se encogió de hombros, asombrado. No entendía nada de magia, pero aún así había matado al que otro Salomón solo había podido encerrar.

Y Solomon Kane tiritó, porque había visto una clase de vida que no era la que él conocía, y había dado y testimoniado una muerte que no era la Muerte tal como él la conocía. La comprensión volvió a llegarle de manera arrasadora, de la misma forma que en los polvorientos salones de la Atlante Negari, igual

que en las detestables Colinas de los Muertos, e igual que en Akaana... la de que la vida humana no era más que una entre el millar de formas de existencia, que dentro de los mundos existían otros mundos, y que había más de un solo y único plano de existencia. El planeta que los hombres llaman tierra había seguido girando a través de las edades sin cuento -Kane se daba cuenta de eso- y al girar producía vida y seres vivos que reptaban por él como gusanos diseminados por la corrupción y la podredumbre. El hombre era, a la sazón, el gusano dominante. ¿Por qué habría de suponer, en su orgullo, que el y sus subordinados eran los primeros gusanos, o los últimos, en regir un planeta hirviente de vida desconocida?

Movió la cabeza, mirando con renovado asombro el antiguo regalo de N'Longa, viendo finalmente en él no una mera herramienta de magia negra, sino una espada de luz y bondad imperecedera contra los poderes de la inhumana maldad. Y se sintió invadido de una extraña reverencia por él, casi rayana con el miedo.

Luego se volvió hacia la Cosa que yacía a sus pies, estremeciéndose al sentir como su extraña masa se deslizaba entre sus dedos, como pesadas volutas de niebla. Empujando con el bastón por debajo, alzó de algún modo la sustancia, empujó la masa, metiéndola de nuevo en el mausoleo, y cerró la puerta.

Luego se quedó contemplando el cuerpo extrañamente mutilado de Hassim, notando la manera en que lo recubría un horrible limo y cómo la descomposición ya había comenzado a atacarle. Se estremeció de nuevo y, de repente, una baja y tímida voz le arrancó de sus sombrías meditaciones. Los cautivos estaban arrodillados bajo los árboles y observaban con grandes y pacientes ojos. Con un respingo, se sacudió su extraño talante. tomó sus pistolas, puñal y estoque del desmoronado cadáver, sacudiéndolos para librarlos de la adherente suciedad que ya estaba manchando el acero de óxido. También tomó una porción de pólvora y balas que los árabes habían dejado caer en su frenética huida. Sabía que ya no volverían. Podían morir en su huida o podrían ganar la costa atravesando interminables leguas de jungla; pero no regresarían para desafiar al terror de aquel espantoso claro.

Kane se acercó a los desgraciados esclavos y, con alguna dificultad, los dejó libres.

-Tomad las armas que los guerreros olvidaron en su prisa -dijo- y marchaos a casa. Este es un lugar maligno. Regresad a vuestros poblados y, cuando lleguen los siguientes árabes, morid en las ruinas de vuestras chozas antes de dejaros esclavizar.

Entonces, se habrían arrodillado besando sus pies, pero él, lleno de confusión, se lo prohibió con aspereza. Luego, cuando se preparaban para marcharse, uno le habló.

-Amo, ¿que harás tú? ¿No quieres venir con nosotros? ¡Serás nuestro rey!

Pero Kane negó con la cabeza.

-Me dirijo al este -dijo. Y así las gentes de la tribu le hicieron una reverencia y dieron la vuelta para iniciar el largo camino hacia su tierra. Y Kane se echó al hombro el bastón que fuera cetro de faraones y de Moisés y Salomón, y de reyes adantes sin nombre que les precedieron, y caminó con el rostro vuelto al este, sólo deteniéndose para una mirada retrospectiva hacia el gran mausoleo que otro Salomón había construido con extrañas artes, mucho tiempo atrás, y que se alzaba ahora oscuro y eternamente silencioso hacia las estrellas.